

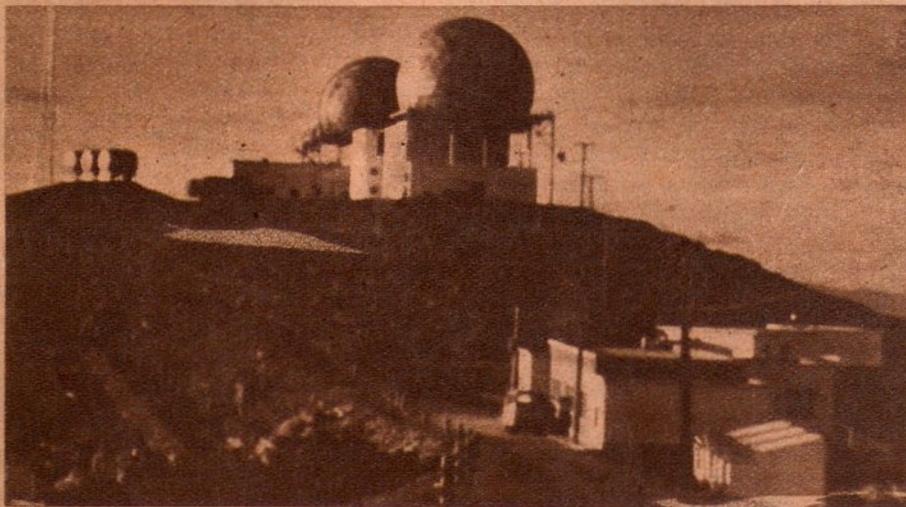
PANI, VIGIA DE OCCIDENTE

EN un extremo de la barrera montañosa que limita por el norte la llanura del Ampurdán, casi junto al mar y en vecindad muy próxima a la montaña de San Pedro de Roda, se distingue la cúspide de un monte que, visto desde lejos, aparece distinto a los demás. Se advierte coronado por algo que, evidentemente, no es obra de la naturaleza. Uno cualquiera, que no supiera en absoluto de qué va, diría que le sorprende la distante silueta de unas alcazabas morunas de cúpula semiesférica emplazadas a la vera de unos postes de gran altura. La distancia engaña mucho. Y el vulgo, cuando no sabe las cosas, las inventa. No es extraño, pues, que hayan surgido leyendas terroríficas a tono con los tiempos actuales como la existencia de instalaciones supersecretas con rampas de lanzamiento de proyectiles «Polaris», ascensores gigantes que llevan a las profundas entrañas del monte con bases secretas de submarinos, etcétera. La fantasía popular ha sido siempre, aquí y en todas partes, muy exuberante y los poetas no han podido escapar siempre a su influjo.

Paní es una silueta familiar a los veraneantes asiduos de las playas del golfo de Rosas. Se sabe que allí hay americanos y muchos, equivocadamente, creen que se trata de una base americana en España. Con tanto fijarse en vehículos de matrícula USAF (Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos) les pasan desapercibidos los que llevan la EA (Ejército del Aire). Paní es, por tanto, el asentamiento del Escuadrón de Alerta y Control número 4 de nuestro Ejército del Aire, servido por el personal español y norteamericano bajo mando español. A la gentileza del comandante del Asentamiento, teniente coronel de Aviación don Manuel Campuzano Rodríguez, debo el haber podido realizar este reportaje.

CARRERA MILITAR RESERVADA

Un coche del Ejército del Aire me ha recogido en Figueras. Salimos hacia Paní con dos capitanes de Aviación, un soldado y el chófer, que es un chico de Port-Bou que sirve en el Arma. Los dos oficiales, el colmo de la simpatía y la amabilidad, acuden al Asentamiento para entrar de servicio hasta el día siguiente. Charlamos de periodismo, de aviación. Sin darnos cuenta, pasamos los tramos rectos de la carretera de Rosas y enfilamos la tortuosa subida hacia Cadaqués. Al terminar la cuesta hay un desvío con un rótulo que dice:



Esta es una silueta familiar en el Golfo de Rosas

«Carretera militar reservada». Empieza, pues, la parte apasionante del viaje. La pista sigue subiendo en pendiente progresiva y con curvas acentuadas. La cumbre de Paní, más próxima, diluye un tanto la apariencia alcazabíca de sus instalaciones. Aunque no mucho. Llegamos a la entrada del Asentamiento. Un cabo de la Policía Aérea se acerca al coche para dar la novedad a los oficiales. Se dirige a mí.

—¿El señor Guillamet? ¿Me hace el favor?

Me apeo. Entro en la caseta de guardia, firmo en el libro de entradas y me entregan una tarjeta de visitante. Cuando vuelvo al coche, los oficiales me enseñan la suya. Aquí todo el mundo va controlado. Es muy lógico.

EDIFICIOS MODERNOS Y CONFORTABLES

Llegamos a una explanada en la que hay numerosos coches aparcados. Me dicen que los que llevan matrícula particular son del personal americano soltero del Asentamiento. Nos apeamos y, tras atravesar la avenida central de un gran patio-jardín flanqueado por las tres alas de un gran edificio, penetramos en él. Inmediatamente notamos una gran

servicios de vigilancia en los aparatos de radar, que duran las veinticuatro horas del día con los relevos que es de suponer. Paní constituye un centro más de la red de seguridad que cubre toda Europa para prevenir una posible agresión por aire, mediante radar y radio. Lo que de lejos parecen cúpulas semiesféricas no son más que cubiertas para proteger las antenas de radar de la tramontana que, en estas alturas de seis-

UNA BASE QUE ES GARANTIA DE PAZ Y SEGURIDAD

diferencia de temperatura. El ambiente está sumamente caldeado por la calefacción central, que funciona a toda marcha. El movimiento de personal por los pasillos es continuo.

Tras unas brevisimas espera, me introducen en el despacho del teniente coronel Campuzano, que, por cierto, marcha en breve a un nuevo destino. Con él es-

cientos y pico de metros, sopla a veces con suma violencia.

Salimos con el capitán Bayo para visitar las distintas partes del Asentamiento. Pasamos por el club para tropa, con decoración y mobiliario de primer orden. Me sorprende la singular decoración del comedor en el que están almorzando, quizás algo tardíamente, varios norteamericanos, un negro entre ellos. El capitán Bayo me dice que el proyecto es de un oficial yanqui y se llevó el primer premio de todos los que hay establecidos en su género por Europa.

El personal casado, tanto español como norteamericano, vive en Figueras con sus familias. Me hago eco de la extrañeza que manifiesta la gente ante la falta de relación del personal americano con la población del país. Y me hago cargo en seguida.

—Los norteamericanos —me dicen— se hallan frente a un difícil «handicap» con respecto a sus relaciones con la población española. Y consiste, principalmente, en su desconocimiento de nuestro idioma. Por otra parte, y al igual que nosotros, se pasan la mayor parte del tiempo trabajando aquí, y cuando llegan a sus casas, sólo tienen deseos de entregarse al descanso para estar en condiciones de volver a la brecha al día siguiente con las máximas posibilidades de rendimiento.

Por mi parte, puedo añadir que ya han sido varias las bodas que se han celebrado de muchachos de las Fuerzas del Tío Sam con chicas ampurdanesas.

EN LA CUMBRE DE PANI

Vamos viendo el club de oficiales, el de suboficiales, una especie de bazar en el que se expenden toda suerte de productos USA para el personal americano, las oficinas, el cine convertido y habilitado en sala de ping-pong y de billar. En todos estos departamentos reina un suave calorito que contrasta fuertemente con la cruda temperatura exterior.

El capitán Bayo me enseña los barracones donde hasta ahora se alojaba la tropa. Una especie de «bunkers» contruidos con plancha metálica acanalada y ventilados por extractores colocados en el techo. Nos hallamos en visperas de la inauguración de un nuevo edificio que visitaremos luego.

Ahora el capitán Bayo está haciendo señas a un «jeep» que nos subirá hasta arriba, donde están las instalaciones de radar. Entretanto, me explica que los servicios de seguridad están a cargo de la policía Aérea del Ejército del Aire que cuenta con dos edificios para su alojamiento. Uno junto a la entrada del Asentamiento y otro arriba, junto a las antenas, disponiendo incluso de perropolicía. La Policía Aérea es también la que controla mediante semáforos el tráfico por la pista que conduce a la cumbre. Este control se hace tanto más necesario por cuanto hay días en que reina una espesa niebla que dificulta grandemente la visibilidad y dada la estrechez de la carretera en algunos tramos por un lado y el considerable volumen de algunos vehículos por otro, se ha impuesto la dirección única alternada dirigida por estos semáforos.

Tras un rato de espera, salta por fin la luz verde en el semáforo e iniciamos la ascensión. El «jeep» se encarama valientemente como si nada. En algunos tramos, la pendiente es del once por ciento. Abajo se despliega todo un paisaje de maravilla. Lástima de una tenue bruma que nos impide avizorar Figueras y otros puntos más lejanos que, en días más claros, se distinguen perfectamente. Desde arriba, una ancha faja de mar y el litoral se ofrece a nuestros ojos. A nuestros pies, muy abajo y muy pequeño, está Cadaqués con la costa que se pierde hasta más allá de Cabo de Creus que semeja muy cercano.

Pasa un avión por encima de nuestras cabezas. Luego vemos cómo un reactor va trazando su estela en el azul purísimo del cielo ampurdanés. Le digo a mi acompañante, señalando las antenas:

—Todos —asiente el capitán sonriendo. En efecto, aquí no pasa ni un ratón.

COMO VIVE EL SOLDADO ESPAÑOL

Finalmente, hemos estado visitando el nuevo edificio para tropa que va a inaugurarse en breve y, sin proponérmelo, se me ha suscitado el recuerdo de aquellos tiempos gloriosos en que estaba en la «mili». El edificio para tropa de Paní va a ser algo de película. Comedor amplísimo, cocina que ya la quisieran para sí muchos hoteles de categoría, cámaras frigoríficas, lavadora y secadora eléctrica para ropa, así como servicio de planchado. Despachos para jefes, salas de estar para oficiales y suboficiales. Y todo ello con calefacción central y teléfono. Casi le dan a uno ganas de pedir el reenganche.

La noche ha ido cayendo sobre Paní y sobre el Ampurdán. Nos despedimos del teniente coronel Casajús, que, provisionalmente, pernocta en Paní, y emprendemos el regreso a Figueras con el teniente coronel Campuzano y el capitán Bayo. Mientras bajamos, el paisaje está ya adormecido, preludiando el descanso de cuanto bajo sí cobija la noche en el Ampurdán, en Cataluña, en España, en Europa. Podemos dormir tranquilos y confiados. Como un vigia más, Paní y en él, el Escuadrón de Alerta y Control número 4 velan el sueño de millones de españoles.

JUAN GUILLAMET TUEBOLS

CATALUNA

3

14
2-8/2/1962